

TRANSILVANIA, UNPLUGGED/ Eduardo Sánchez Rugeles

Barcelona, 10 de noviembre de 2010. Café Bar Padam

«Estas fotografías fueron tomadas en un campo de refugiados de Moldavia», dice Pavel Astoin, corresponsal de Radio Francia Internacional.

Emilio observa las imágenes.

Blanco y negro: instalaciones miserables, calaveras vivas tapadas con sacos. Al fondo, sin foco, adolescentes armados: rifles anacrónicos.

Pavel Astoin espera. Fuma con paciencia.

La fotografía reúne a un grupo mal viviente. Una hoguera centra el encuadre. Rasgos eslavos —en su mayoría— avivan la candela.

Emilio señala a uno de los personajes. «Es él —dice—. Es José Antonio».

El mesero toma la orden: dos cervezas.

Pavel Astoin aspira, su castellano es instrumental. Tras el silencio mutuo, sin tono jocoso ni malicia, formula dos preguntas: «¿Qué hacían ustedes allá? ¿Cómo termina un latinoamericano en un campo de refugiados de Moldavia?».

El periodista muerde el cigarrillo. Emilio no responde.

Pavel, con prudencia, agrega: «Si quiere mi ayuda necesito saber la verdad. Hay dos nombres que necesito rescatar —castellano risible—. Diga todo lo que sepa sobre Alex Nicea. “Decir” todo lo que sepa sobre Luzny Hervasy».

Con esta hoja cierro las puertas y guardo las llaves.

Estoy en alguna parte, allí abajo o allí arriba.

Apaga la lámpara y pregúntate:

«El secreto vivido: ¿a dónde fue?».

Lucien Blaga

Nunca imaginaron que Transilvania sería su perdición. Antes del fin, Rumania solo era un lugar perdido en un mapa, un nombre tenebrista con el que habían tropezado en relatos góticos o películas de serie B. El ardor veraniego de los Cárpatos sería testigo de cómo José Antonio Galleti, de nacionalidad plural, desaparecería en un campo de refugiados de Moldavia. También Emilio Porras, de singular procedencia, improvisando propósitos existenciales, compraría su derrota al dictar un curso de cocina internacional a un grupo de comerciantes ingenuos, empeñados en dar una buena faz a la que sería, entonces, la Capital Europea de la Cultura: Sibiu.

«Tu madre siempre fue una mujer cobarde», dijo Nino Galleti. Ese recuerdo directo, raramente cariñoso, construyó su primera impresión de Bucarest. Aterrizaron en Rumania luego de una escala breve y eterna en Lisboa. José Antonio Galleti presentó su pasaporte rumano; apenas miraron su rostro. Emilio, por su parte, predispuesto a la vergüenza, mostró la libreta vinotinto que, entre prefijos inútiles de república y comunidad, hizo fruncir el ceño al guardia de inmigración. Una vez que se confirmó la existencia de Venezuela en un catálogo le fue devuelto su pasaporte. Absortos, asimilados al

exilio voluntario, con la incertidumbre como única convicción, entraron a Bucarest.

«*Vine a Rumania a conocer a mi tío, Lucien Calinescu. Vengo a escribir sus tribulaciones y peripecias* —de manera bufa, sin creérselo, José Antonio repetía para sí—. *Vine a Rumania, en parte, a reinventarme, a olvidar derrotas, a encontrar palabras*». El sudor, como ardiente melaza, corre por la espalda y se seca. El tufo es esencia natural, pesa la ropa, pesan los ojos. La oficina de cambio anuncia retardos. Deberán esperar. Emilio busca un baño. Revisa las notas de su cuaderno: apuntes inconclusos, fechas, nombres, efemérides inútiles. Inevitable, como *soundtrack*, aparece Caracas: «*Tu madre siempre fue una mujer cobarde*».